

de la nacion ; y cuando se presentó el santo obispo de Sevilla, le pidió encarecidamente el Rey moribundo que cuidase de Recaredo, y con sus amonestaciones le hiciese imitar á su hermano Ermenegildo, á quien, añadió, *di la muerte sin bastante causa*. Así murió aquel Príncipe verdaderamente grande en todo lo temporal, pero infeliz y de todo punto detestable por su fanatismo é impiedad, y desgraciado sin fin si no fue verdadera su conversion y aceptada su penitencia en el tribunal del Supremo Juez.

NÚMERO X.

Recaredo Rey de España : conversion de los godos á la fe católica.

No fueron vanas las exhortaciones y súplicas que hizo Leovigildo al morir ; ó digamos mas bien , la sangre de Ermenegildo derramada cual fecunda simiente, produjo abundantes y sazonados frutos de fe y de piedad. Las oraciones del santo Rey mártir obtuvieron finalmente de Dios este gran bien para su reino, y el celo de Recaredo y de Leandro vieron en breve tiempo cumplidos sus deseos, y reducida toda la nacion de los godos al catolicismo. Luego que este Príncipe ocupó el trono de su padre, revolvió su pensamiento á dar un nuevo orden á los negocios del estado, y á preparar á sus súbditos á aquella grande mutacion. San Leandro encontró en él la mayor docilidad, y todas las buenas disposiciones que le hacian capáz de imitar á su hermano, y abrir su corazon á la luz de la verdad católica. Así fue que en pocos dias pudo concluir la obra de su particular conversion, como que durante aun el primer año de su reinado profesó

públicamente la fe de la Iglesia universal, y comenzó á tomar sus providencias para que sus vasallos siguiesen su noble egeplo.

Grandes eran los obstáculos que podian retardar la egecucion de tan árdua empresa ; principalmente nacia de dos partes, la una interna, á saber, su madrastra la Reina Gosuinda ; la otra esterna, que era la Francia. La vieja é imperiosa Reina tenia gran séquito en la nacion por haber sido esposa de dos Reyes ; y hallándose obstinadísima en el error estaba pronta á dejarse llevar de su fanático celo por la secta impía, hasta turbar la quietud pública y doméstica, y apagar en sí misma los sentimientos de la naturaleza y de la sangre : por donde no se podia esperar que favoreciese á Recaredo en su santa determinacion. Por parte de la Francia era muy peligroso hacer en el reino tan gran novedad en materia de religion ; porque hallándose en actual guerra con aquella potencia, en el caso que los súbditos hereges se sublevasen se debia sostener una lucha estraña y otra civil. No obstante, el sabio y prudente Rey supo vencer con su discrecion tan grandes impedimentos. Si bien no tenia motivo alguno para amar á Gosuinda, como que habia sido la causa de los disturbios de la familia real, de la guerra civil y de la muerte de su santo hermano, la respetó sin embargo como madre, y la manifestó el aprecio que hacia de su persona valiéndose de sus consejos. Movido de las razones de Gosuinda fue el primero que pidió la paz á la Francia, aunque mantenia la guerra con ardor y felicidad. Remitió á este fin diferentes Embajadores á las dos cortes de Borgoña y de Austrasia (1). Childeberto recibió favorablemente la embajada, agradeció sus dones, y correspondiendo con otros la despidió con buenas pala-

(1) *Gregor. Turon. lib. 9. hist. cap. 1. et seq.*

bras y promesas de paz. Los ministros enviados á Gontrano tuvieron orden de mantenerse en Macon sin ser admitidos á la audiencia del Rey, y no se les dió otra respuesta á sus proposiciones sino que en derechura debian volverse á España. Concibió tal enojo Recaredo de este modo de proceder, que inmediatamente prohibió todo comercio entre sus estados y los del Rey de Borgoña. Mandó luego avanzar á sus egércitos: trabóse la batalla cerca de Carcasona, en la que al principio fueron desbaratados los godos: recogiéronse luego dentro de la ciudad, y desde allí puestos otra vez en orden, salieron contra los franceses, y cargaron tan denodadamente sobre ellos, que venciendo y obligándolos á una precipitada fuga, quedaron dueños del campo y de toda la provincia Arelatense, la que saquearon antes de regresar á sus tierras.

Hallándose todavía pendientes las referidas negociaciones de paz, cuyo principal objeto era allanar los obstáculos que se oponian al gran designio de establecer la Religion católica, y desterrar de España la heregía, se arriesgó el piadoso Monarca, y quiso averiguar las disposiciones de los obispos arrianos. Ordenó, pues, llamarlos á su presencia; y les habló en los términos siguientes: „ bastante tiempo ha existido ya el escándalo y la division entre vosotros y los sacerdotes que se glorían del título de católicos, los que os llevan la sensible y manifiesta ventaja de los prodigios que obran en confirmacion de su fe, cuando en vosotros jamás se ha visto el menor efecto de la virtud de Dios. Os mando, pues, que os junteis y examineis por una y otra parte los motivos de la diferente creencia para que podamos conocer la verdad; y entonces ó convencidos ellos con vuestras razones abrazarán vuestra doctrina, ó nosotros creeremos lo que

ellos predicán si nos hiciesen entender que está la verdad de su parte.” Cumplióse al punto esta orden juntándose en presencia del Rey los obispos de ambos partidos; en la conferencia propusieron primero los hereges sus dificultades, las que resolvieron victoriosamente los católicos, añadiendo á su vez las razones á que jamás pudieron contestar los sectarios. Para su mayor confusion volvió á repetir el Rey su acostumbrado argumento de los milagros, y les trajo á la memoria que en tiempo de Leovigildo su padre, uno de ellos que se gloriaba de dar la vista á un ciego fingido con el mérito de su fe, por el contrario le habia dejado verdaderamente ciego con el tacto de sus manos. Puso con esto el Rey fin á las disputas, despidió llenos de confusion y de vergüenza á los arrianos, suplicó á los sacerdotes de Dios le instruyesen plenamente en los divinos misterios; y sujetándose á la ley católica, recibió de mano de San Leandro la señal de la cruz con la uncion del Crisma, y confesó públicamente que el Hijo no es menor que el Padre, ni el Espíritu Santo menor que el Padre y el Hijo, y que las tres divinas Personas son de igual poder y de una misma naturaleza.

Con admirable prontitud y alegría siguió el egeplo de su Rey toda la nacion de los godos, cuya conversion describe elegantemente el Pontífice San Gregorio. „ Recaredo, dice el Santo Padre, despues de la muerte de Leovigildo no siguió las huellas de su progenitor, sino mas bien las de su hermano; porque no se contentó con abjurar la heregía, si que de mas á mas redujo á toda su gente á la verdadera fe, de tal modo que no permitió viviese en su reino quien no se avergonzase de ser enemigo de Dios por su obstinacion en el arrianismo. Ni debe causar maravilla que se hiciese predicador de la verdadera fe el que era

hermano de un mártir, cuyos méritos ciertamente le ayudaron á reducir al seno de Dios tan gran número de personas. Podemos creer que nada de esto hubiera sucedido si el Rey Ermengildo no se hubiese entregado á la muerte en defensa de la verdad. El grano de trigo que cae en la tierra, si no muere, queda solo; pero si muere, produce abundante fruto. Lo que sabemos haberse cumplido en nuestra Cabeza y Redentor Cristo Jesus, vemos que se ha egecutado ahora en sus miembros. En la nacion de los visigodos murió uno para que viviesen muchos, y de un grano fielmente caido en tierra, se levantó una gran mies para crecer de dia en dia mas en la fe (1).”

Añade el Turonense, que habiendo enviado el Rey á la provincia de Narbona algunos para que llevasen la noticia de cuanto habia sucedido en España, tuvo tambien el consuelo de ver convertidos y reconciliados con la Iglesia á aquellos pueblos. Sin embargo, un falso obispo llamado Atáloco se opuso á las proposiciones del Rey, y con sus amaños y sofismas se formó un partido bastante numeroso. Allegáronse en la misma provincia los condes Granista y Bildigerno, escitaron al pueblo á la rebellion y tomaron las armas contra su legítimo Príncipe. Mas disipóse fácil y prontamente esta nueva tempestad: el egército real venció á los rebeldes, y desbarató todos sus planes: Atáloco desesperado y sin recurso alguno murió de rabia, dejando á la posteridad la memoria de una muerte muy semejante á la del infame autor de la heregía. Abrazaron entonces los pueblos de la Galia gótica la verdadera Religion: siguiéronles los suevos que perseveraban en el antiguo error, ó que de nuevo se habian dejado seducir al tiempo de sujetarse á Leovigildo; y de este mo-

(1) *Gregor. Mag. lib. 3. Dialog. cap. 31.*

do logró Recaredo en el primer año de su reinado desterrar la heregía de sus dominios, y ver á todos sus pueblos unánimes en la creencia y profesion de la sacrosanta y consubstancial Trinidad. Por lo que, se dedicó á restituir á las iglesias cuanto les habia quitado su padre; fundó de nuevo y dotó con regia liberalidad muchos templos y monasterios, reintegró á sus vasallos en todos los bienes que tiránicamente les confiscaran sus predecesores, y se adquirió de esta suerte el aplauso y amor universal. No obstante en el año segundo de su reinado se formó contra él una nueva conjuracion. Sunna, obispo arriano de Mérida, llevó á mal que se hubiese restituido á su silla al santo prelado Mausona, resolvió quitarle la vida como tambien al duque Claudio, gobernador de toda la Lusitania, reunió algunos secuaces, y encargó la egecucion al osado jóven Witerfco. Pero no quiso el Señor que saliesen los malvados con su intento: descubrió la conjuracion no sin milagros, y castigados los rebeldes tornó á reinar la paz en toda la nacion.

NÚMERO XI.

Concilio tercero de Toledo.

Deseaba ya el Rey católico mostrarse agradecido á Dios por los innumerables beneficios que le habia dispensado, ora ilustrando su mente con la verdadera fe, ora sacándole salvo de todos los lazos que le armaran los suyos, y de las guerras esteriorens en las que siempre le concedió el triunfo. Celoso á mas por dar la última mano y poner el sello á la feliz mudanza de su nacion, y á fin de que todos solemnemente ratificasen sus